

LOS FEMINISMOS INTERNACIONALES: ALTERNATIVAS LATINOAMERICANAS

Asunción Lavrin*

El feminismo nació acompañado de una gran esperanza: que podría ser bueno para el conjunto de las mujeres, y capaz de abarcarlas a todas, disipando las barreras nacionales, raciales y culturales. Desarrollándose paralelamente en muchas partes del mundo – unas veces como producto de tentativas no bien articuladas; otras como una elaboración clara y bien meditada– el feminismo contenía una promesa evidente de universalidad que condujo a muchas mujeres y hombres a creer que algún día sería un canon global de toda la humanidad. El tiempo transcurrido desde entonces ha probado que la femineidad de todas las mujeres no es suficiente para alcanzar esa unidad de propósitos que puede superar los muchos factores culturales que hacen del género una realidad diferente en cada sociedad. Además, el feminismo, como cualquier otra construcción ideológica y cultural, no se adapta a los límites de un molde estricto que permanece inmutable e impermeable al cambio cronológico. Las aspiraciones de las primeras feministas, desarrolladas notablemente entre 1900 y 1940, tomaron nuevos cursos a medida que las nuevas generaciones buscaron vías diferentes para solucionar sus problemas, o en tanto fueron alcanzadas algunas de las metas originales. Por lo tanto, el significado de las necesidades de las mujeres, o de las feministas en relación a su propio ambiente social, toma una miríada de formas sutiles que exigen una atención cuidadosa para desenmarañarlas. En la actualidad el pluralismo del feminismo está establecido, y nos estamos ocupando de los feminismos como experiencias que no coinciden necesariamente en el mismo grado o dentro de los mismos marcos conceptuales incluso en el nivel nacional, ni mucho menos en la arena internacional.

En el foro internacional, algunos centros culturales académicos apoyados en su prestigio y una larga trayectoria de investigación y de compromiso con el asunto, han deseado establecer un modelo «universal» del feminismo, aceptable y aplicable a todas las situaciones y a todas las mujeres. Las definiciones del feminismo elaboradas en los países europeos y en los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX hasta el presente se asumieron como representación del conjunto de los intereses feministas en todas

* Arizona State University (Tempe, Arizona).

partes del mundo. Enfrentamos hoy muchas objeciones a un discurso universal, que provienen de áreas que hasta hace poco tiempo fueron ubicadas en la periferia de los debates intelectuales, y donde las necesidades y el patrimonio cultural de la mayoría de las mujeres no encajan en los parámetros ideados en otra parte. Así, abordamos los feminismos internacionales con dos cuestiones problemáticas. Una es si las interpretaciones norteamericanas y europeas occidentales del feminismo pueden responder a las necesidades del resto del mundo; la otra es la posible ruptura de una ideología que ha sido útil a la causa de muchas mujeres en un número de expresiones al servicio de problemas locales, pero que ha perdido los vínculos necesarios que permiten el reconocimiento de una experiencia común idónea del género femenino.

Si se asume que el feminismo es una construcción cultural que no valida una transferencia acrítica de pensamientos y de respuestas de un período a otro o de una nación o de un área del mundo a otra, ¿es posible preservar su carácter «internacional» sin perder la riqueza generada por su diversidad interna? Esta pregunta ha obtenido muchas respuestas, y aquí señalaré simplemente algunas ideas que pueden facilitar la discusión sin intentar cubrir todas las facetas de este problema complejo.¹ Como historiadora académica concibo los feminismos internacionales como un tema comparativo e interdisciplinario, que implica el intercambio de teorías, así como franqueza para abrir un diálogo en el cual las comprensiones «populares» de sus significados, y los acercamientos «pragmáticos» que responden a sus necesidades cotidianas se conviertan en objetivos válidos. El mercado de los feminismos no debe adoptar un acercamiento del tipo de las multinacionales, sino mantener el espíritu de las “economías” nacionales y locales de las mujeres.

Adoptando esta línea de investigación la América latina ofrece un interesante estudio de caso en el diálogo de los feminismos nacionales e internacionales. Asentadas en un continente extenso, estas naciones forman ellas mismas un escenario internacional. Comparten algunas experiencias históricas, culturales, y políticas, pero han desarrollado sus propias idiosincrasias, forzándonos a quienes las estudiamos, centrarnos en tanto problemas nacionales como internacionales siempre que deseamos unificar a las naciones bajo la bandera de las preocupaciones comunes del género. América latina continental abarca una variedad de pertenencias étnicas y de razas, de clases sociales, de problemas económicos, y de tradiciones culturales, y es un macrocosmos en el cual encontramos las reflexiones de la experiencia de las mujeres de todo el mundo.

¹ Ver Peter Waterman, «Hidden from Herstory: Women, Feminism and New Global Solidarity», *Economic and Political Weekly* (Bombay), October 30, 1993; y «Feminism and Internationalism in Latin America: A suitable case for treatment?», inédito, 1996. Para la historia de los feminismos latinoamericanos, ver June Hahner, *Emancipating the Female Sex: The Struggle for Women's Rights in Brazil, 1850-1940*, Durham, Duke University Press, 1990; K. Lynn Stoner, *From the House to the Streets: The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, Durham, Duke University Press, 1991; Asunción Lavrin, *Women, Feminism, and Social Reform: Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995; y «Unfolding Feminism: Spanish American Women's Writing, 1970-1990» en Domna C. Stanton and Abigail J. Stewart (eds.) *Feminisms in the Academy*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1995, pp. 248-273; Virginia Vargas, «The Feminist Movement in Peru: Inventory and Perspectives», en Saskia Wieringa (ed.) *Women's Struggles and Strategies*, Brookfield, Gower, 1988, pp. 136-55. Esta breve reseña bibliográfica no agota la temática. Un canal clave para la comunicación internacional es *mujer/fempress*, una revista mensual editada en Santiago de Chile como una red feminista alternativa.

Internacionalismo: Pasado y presente

Históricamente, los feminismos latinoamericanos también han tenido lazos con otras culturas que sirvieron como faros de inspiración. Las feministas latinoamericanas desarrollaron una fuerte vocación por el internacionalismo, no solamente como orientación intelectual, sino como una validación de sus aspiraciones a una personalidad política y jurídica. Francesca Miller sostiene que desde principios del siglo XX la participación de las mujeres latinoamericanas en conferencias internacionales ayudó a contrapesar tanto su enajenación de la política producto de la androcracia local, como el ostracismo resultante del control de los varones en las conferencias de la diplomacia internacional.² El Primer Congreso Femenino Internacional, realizado en Buenos Aires en 1910, fue un foro para la discusión de un amplio espectro de asuntos, asistiendo representantes de toda América latina así como de Europa. Significativamente, la mayoría de las discusiones giraron alrededor de problemas sociales, no acerca del sufragio o de los derechos políticos de las mujeres, que estaban más allá de ellas en ese entonces. Lo que parecía unificar a todas las mujeres eran los temas universales de la familia y del trabajo, así como un deseo de luchar a brazo partido con el propio significado del feminismo.³

La participación en conferencias internacionales dio fuerza personal y política tanto a aquellas mujeres que volvían a a su país tras esa participación, como a las que habían permanecido en ellos. Por ejemplo, Sofía Alvarez de Demicheli acaparó la atención periodística en su nativo Uruguay después de una participación lúcida en la conferencia interamericana de 1933, donde las participantes presionaron para el reconocimiento de los derechos civiles de las mujeres. Feminista comprometida, procedió a dar apoyo a la causa del sufragio de las mujeres en su país, en donde las mujeres participaron por vez primera en una elección nacional en 1938.

La historia de la presencia y de las actividades de las mujeres en las conferencias panamericanas en los Estados Unidos es indicativa de la naturaleza, de las metas, y de los obstáculos a los que se enfrentaron las feministas de principios del siglo XX. Tuvieron éxito en la producción de declaraciones contra el imperialismo de los Estados Unidos en el área, pero no persiguieron lo que hoy podemos llamar una confrontación Norte-Sur. Más bien, colaboraron con los Estados Unidos en buscar la ratificación de los derechos internacionales de las mujeres ante la corte internacional de La Haya, tales como el derecho de la mujer casada a su propia nacionalidad. El «imperialismo» del sexo masculino en el hogar nunca fue descrito en esos términos por las participantes en tales conferencias, pero fue sostenido más explícitamente por las activistas feministas en su búsqueda implacable de la eliminación de la supremacía masculina en la legislación que definía las relaciones de género en la familia. Antes de 1940, las feministas apuntaron a la guerra como otra expresión de los valores patriarcales impuestos sobre la humanidad fundando organizaciones civiles promotoras de la paz mundial. Lamentablemente, el pacifismo se convirtió en una actividad «femenina», cargada de emotividad y a un

² Francesca Miller, «Latin American Feminism and the Transnational Arena», en *Women, Culture, and Politics in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 10-26.

³ Ver Lavrín, *Women, Feminism, and Social Change*, capítulo 1.

paso de convertirse en una causa perdida en una década cada vez más militarizada. La vuelta a la guerra en 1940, y la paz en 1945, fueron acontecimientos que reorientaron los intereses feministas del pacifismo internacional hacia las cuestiones de la “habilitación” [empowerment] política a través del sufragio, la dominación política internacional y la dependencia económica. Aunque algunos países ya habían adoptado el sufragio femenino antes de 1945, la concesión del voto femenino fue en gran parte un logro de la posguerra. El sufragio era un concepto político universal más bien que una herramienta para reestructurar la política, especialmente en cuanto a que en tanto muchos países se debatieron entre los regímenes democráticos y dictatoriales, y pocos ofrecieron vías confiables para la participación femenina activa en la política nacional. Puesto en práctica o no, el derecho al voto fue, indudablemente, una herramienta habilitante en el terreno intelectual que hacia los años 70 permitió la politización del activismo de las mujeres –una autoconciencia de sus propias capacidades– y un análisis incisivo de su papel en la economía y en la formulación de políticas.

Antes de los años 60 el internacionalismo ayudó a los grupos nacionales feministas de mujeres a examinar su propia situación a la luz de los valores y las prácticas de las mujeres de otras culturas que, no obstante, compartían los problemas comunes propios de su género. Un análisis de las circunstancias enfrentadas por otras mujeres condujo a las feministas a adoptar para sí mismas lo que era adaptable a sus propias necesidades y tomar conciencia del sentido de la idiosincracia de sus circunstancias nacionales respectivas. Además, las reuniones internacionales ayudaron al examen de conciencia en un nivel personal y de grupos, y a limar las asperezas nacidas de firmes convicciones culturales. Siete “encuentros” internacionales se han producido en América latina a partir del realizado en 1981 en Bogotá, seguido de otros importantes organizados en Perú (1983), México (1986), la Argentina (1990), Chile (1996) y República Dominicana (2000). Para las participantes, los encuentros validan el género como elemento vinculante, y ayudan a identificar las premisas de la opresión femenina universal. Si bien actualmente las conferencias internacionales pueden no dar la misma sensación de «habilitación» a las mujeres como lo hicieron al comienzo del siglo, todavía ayudan a definir las agendas nacionales, y a redefinir técnicas de organización y de persuasión, especialmente después de la avalancha de actividades públicas y privadas centradas en las mujeres que siguieron a la denominada Década de la Mujer que comenzó en 1975. Sin embargo, el internacionalismo no ha sido la única ruta abierta a las mujeres para la participación política en la arena nacional. El nacionalismo y el internacionalismo han coexistido con diferentes grados de solidez influidos por circunstancias sobre las cuales las mujeres no tenían ningún control. Mientras que un grupo pequeño de mujeres educadas de la clase media se proyectaba en la arena internacional, otras (y a veces las mismas mujeres) fundaban organizaciones femeninas y aún partidos políticos de mujeres, desde los cuales lanzaron una variedad de campañas nacionales, sociales y políticas.

Este marco histórico nos ayuda a entender ciertas continuidades «tradicionales» en los feminismos latinoamericanos, al tiempo que subraya los cursos seguidos como respuesta a nuevas circunstancias históricas. A partir de los años 60, las naciones latinoamericanas dedicaron enormes energías al desarrollo, y lucharon por hallar una vía entre su comprometimiento ideológico y económico con el capitalismo y las desigualdades sociales que impulsaron a mucha gente a asumir que el marxismo era una panacea para

todos los problemas. La tensión creada por tales fuerzas antagónicas condujo a muchos países importantes a una vuelta a los regímenes autoritarios y represivos. Ni el marxismo ni los regímenes militares demostraron ser tierra fértil para la consideración de los asuntos del género. Los militares propiciaron una vuelta a los papeles tradicionales del género, mientras se involucraban en nuevas formas de violencia que incluyeron actividades contra mujeres. Los regímenes no-militares y los regímenes revolucionarios relegaron los problemas del género a un lugar secundario en sus agendas o no lograron que los cambios institucionales se tradujeran en cambios personales significativos. La dependencia de los mecanismos políticos de estados centralizados para resolver los problemas legales del género y garantizar el bienestar de mujeres y niños ha mantenido a los hombres en el control de los mecanismos más importantes del cambio social. América latina tiene la dudosa distinción de ser la fuente del concepto de masculinidad despótica o "machismo", que designa las relaciones de género dominadas por los hombres.

Sin embargo, las mismas fuerzas que condujeron a los regímenes autoritarios conenían una redefinición en ciernes del papel social y económico de las mujeres, así como un nuevo modo de pensar los derechos de las mujeres dentro de los derechos universales de los pueblos. La creciente desigualdad económica comenzó a afectar la estructura material de la familia, forzando a más mujeres a asumir papeles activos para salvar sus hogares de la pobreza en aumento. La emigración a otros países era una alternativa para algunas; pasar a ser parte de las industrias multinacionales era otra; ocupar las calles como miembros de la economía «informal» era una tercera opción. La feminización de la pobreza y el aumento del número de mujeres cabezas de familias dio pié a profundas preocupaciones entre segmentos de la dirigencia económica e intelectual, y ha reactivado el papel del feminismo «de acción». La revitalización de los feminismos internacionales por todo el mundo después de 1975 tuvo una profunda influencia en América latina. En el mundo de las comunicaciones de masas, la clase media educada así como las trabajadoras tomaron nota del crecimiento de los feminismos contemporáneos y comenzaron a formular sus propias respuestas a los problemas persistentes de la declinación económica nacional y de las soluciones adoptadas para detenerla: el neoliberalismo y el conservadurismo político. En este período crítico la presencia de los militares en una gran porción de Suramérica activó los recursos políticos ocultos de las mujeres en nombre de los derechos humanos.

Existen muchas voces en un ambiente caracterizado por su diversidad, y la tentativa de coordinarlos ha tomado tiempo y esfuerzo. Pero más allá de los diversos asuntos discutidos en encuentros nacionales e internacionales, la agenda principal de estas reuniones ha sido la búsqueda de la unidad en la diversidad, la creación de contactos personales, y una mejor comprensión de los muchos significados del feminismo. El nacionalismo y todas las fuerzas centrífugas que pueden producir un ruido cacofónico más bien que un coro de resoluciones articuladas son serios obstáculos sino amenazas para la creación de un espíritu feminista intercontinental, y las confrontaciones han sido inevitables. Sin embargo, la discusión sobre los puntos más específicos de la situación ideológica y de las estrategias políticas se ha identificado convenientemente como esencial para mantener abiertos los canales de comunicación entre los distintos grupos nacionales, y un espacio para una mejor comprensión mutua. La democracia interna de los grupos feministas, ha sido considerada esencial para mantener la vitalidad del feminis-

mo en los niveles nacionales e intercontinentales. También es identificado como una necesidad importante el aprendizaje sobre las condiciones sociales y económicas de las naciones y el continente para dar a las mujeres las herramientas para criticar los esquemas económicos y políticos y enfrentar los más duros desafíos a sí mismas y al conjunto de la sociedad. Los encuentros también han reiterado una cantidad de temas: la necesidad de establecer redes más amplias; el derecho a la libertad reproductiva y la legalización del aborto; la necesidad de asegurar el acceso a los medios de comunicación de masas; la búsqueda de una ayuda más fuerte a las mujeres de bajos ingresos; el deber de ampliar el significado de la democracia (como participación igualitaria de todos y respeto de los individuos) en el hogar, al lugar de trabajo, y la escuela.⁴ Éstas pueden ser consideradas las características distintivas del feminismo latinoamericano en los años 90.

La agenda de los recientes encuentros nacionales e intercontinentales es políticamente muy diferente de la de los congresos de casi un siglo atrás. Las participantes no tienen ninguna duda sobre sus deberes y derechos como mujeres para autodeterminar el futuro de las mujeres, renunciando a todo tipo de acomodamiento a los valores patriarcales tradicionales. Ellas también perciben que los encuentros continentales no pueden sustituir la reflexión colectiva sobre los problemas en un nivel regional o nacional para alcanzar un equilibrio de intereses nacionales e internacionales, esencial para la supervivencia del feminismo como expresión de la diversidad. El intenso autoanálisis resultante de estas reuniones ha alcanzado una fórmula de conciliación: el respeto de la individualidad dentro de un feminismo consciente del «pluralismo de la diferencia».

Los feminismos y el protagonismo, el diálogo, y las recientes políticas de las mujeres

Las mujeres en América latina estaban preparadas para asumir un nuevo papel en los años 80 y la expansión de sus actividades es el resultado de un pensamiento feminista cuyas raíces se extienden por lo menos a principios de este siglo, y una fundamentación de las reformas en la legislación adoptadas entre los años 20 y mediados de los años setenta. Factores nacionales e internacionales empujaron a las mujeres a aumentar su activismo y a desarrollar una mejor comprensión de los roles del género en los años 80, pero el protagonismo de los feminismos emergió lentamente y enfrentado a las difíciles posibilidades para las mujeres de todos los sectores sociales. En toda América latina, las políticas feministas son difíciles de separar de la política nacional, dada la centralización del estado y la naturaleza de los sistemas políticos. A diferencia de países que cuentan con sistemas electorales estables, América latina presenta un surtido de regímenes políticos que incluyen democracias, naciones sujetas a violentas guerras políticas fratricidas, *caudillismo* local o nacional, y naciones con regímenes revolucionarios. Esta variedad de circunstancias políticas exige expresiones feministas y actividades encaminadas a responder a cada una de estas particularidades.

⁴ Ver, por ejemplo, *Memoria del IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe*, Taxco, Mexico, n.e., 1987; Nancy Saporta Stembach *et al.*, «Feminisms in Latin America: From Bogotá to San Bernardo», *Signs*, 17:2 invierno 1992, pp. 393-434; Diana Bellesi *et al.*, «VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe», *Feminaria*, 10:19, junio 1997, pp. 28-36.

La incorporación de mujeres en los partidos políticos sigue siendo problemática, pero es un paso necesario para que el feminismo alcance validez nacional y medios eficaces para modificar las cuestiones locales y nacionales del género. La necesidad de ejercer el poder dentro de los parámetros establecidos por el estado nacional crea para cada movimiento feminista nacional un problema que no puede ser imitado en otras partes y que también crea serias divisiones internas. ¿Cómo pueden conciliar los feminismos internacionales la disparidad de las circunstancias políticas bajo las cuales las mujeres viven y las cuales deben considerar para impulsar sus demandas de género? La viabilidad de las organizaciones feministas depende del grado de libertad política interna así como la admisión de las mujeres al diálogo nacional en igualdad con los hombres, quienes todavía dominan la política de todas las naciones en el mundo. La política puede servir como la levadura que acelere el desarrollo del feminismo como deseo vivo de democratización dentro de los regímenes no-democráticos, como fue el caso de varios países en Sudamérica en los años 70. En regímenes más estables tales como el de Costa Rica, o en los países en donde la democracia parece prosperar a pesar de muchas crisis, tales como Venezuela, la cuestión de cómo tratar los derechos legales y sociales y crear nuevas actitudes mentales sobre las relaciones de género se ha convertido en una de las estrategias dominantes para superar las divisiones ideológicas entre mujeres y para crear un "frente" de género unificado. La limitada representación numérica de las mujeres en los congresos de ciertas naciones ha conducido a la formación de grupos de presión de mujeres que echan de lado su orientación política con el objeto de lograr una unidad votante dentro de las cámaras de diputados. Organizaciones argentinas y brasileñas, entre otras, han impulsado la adopción de una legislación que garantice la elección de un número fijo de mujeres al congreso (cupos), una fórmula que puede ganar en fuerza y popularidad en otras naciones, aunque será una solución muy discutida y aún quizás rechazada. Con los cupos estamos hablando de representación y hasta cierto punto de democratización respecto al control hegemónico de los hombres. La presencia de mujeres no lleva necesariamente a políticas liberales, izquierdistas o aún derechistas. Como género, las mujeres no pueden categorizarse pertenecer a una sola ideología política, pero su presencia añade un carácter muy deseable de diversificación y de justicia respecto a las pasadas negaciones de capacidad ciudadana. En un nivel global estas estrategias no pueden ser factibles dada la disparidad de los sistemas políticos bajo los cuales viven las mujeres, pero las feministas, y las mujeres en general, deben comprender que la búsqueda de una inserción en el sistema político bajo el cual viven es esencial para su éxito. Comprender la diversidad de problemas espinosos implicados en la naturaleza de los regímenes políticos que las feministas deben enfrentar es uno de los desafíos más grandes para los feminismos internacionales, porque los regímenes políticos se encuentran inmersos en culturas nacionales o regionales, y constituyen un terreno que las mujeres no conocen bien y dentro del cual su poder se ve limitado.

Dada la horrenda experiencia de algunas naciones bajo regímenes militares en los años 70, la fuerte vinculación de las feministas latinoamericanas con la cuestión de los derechos humanos no es sorprendente. Las ahora mundialmente conocidas Madres de Plaza de Mayo, de Argentina, y sus similares contrapartes menos conocidas de Chile, Uruguay, Nicaragua, y Honduras, se convirtieron en íconos de la movilización en nombre de la maternidad, activando poder político a partir del ubicuo espacio doméstico.

Dieron a la maternidad y a la familia la fuerza política que era el sueño de las feministas latinoamericanas a principios del siglo XX. La denuncia de las torturas y asesinatos por parte de mujeres claramente «apolíticas» tenía un contenido ético profundo y ganó un considerable respeto, precisamente porque el arquetipo de la entrega maternal estaba por encima de las consideraciones políticas y tenía raíces culturales profundas. Irónicamente, en América latina el modelo creado por las Madres ha recibido muchas críticas en los años 90, especialmente de las feministas de más reciente formación, para quienes las Madres perpetuaron la polaridad entre la mujer-feminidad-madre y el hombre-masculinidad-estado. La especificidad de sus demandas —presentadas siempre en el marco de la experiencia individual y de la temporalidad de una situación específica— se ha juzgado insuficiente para alterar la relación de poder entre hombres y mujeres. Otros discrepan, viendo que las Madres crearon una situación propiciatoria para la discusión de importantes problemas nacionales. También realzaron el poder de la alianza de la maternidad con la dignidad humana de una manera eficaz. El suyo ha sido un ejemplo digno de estudio para las feministas de todas partes. Las Madres obtuvieron visibilidad y respeto globales, y ayudaron a debilitar la indiferencia arrogante de los militares por los derechos humanos. Otros movimientos latinoamericanos de Madres han tenido menos visibilidad y menor éxito inmediato. Las Madres pueden ser un fenómeno producto de la idiosincracia latinoamericana. Para el feminismo internacional la cuestión de la maternidad como herramienta política sigue dando lugar a un debate acerca de si el valor atribuido a la maternidad es un elemento que permite moverse de la socialización hacia la politización de los géneros.

Aunque las Madres no utilizaron un enfoque feminista, compartieron con los grupos feministas una sed por los derechos humanos que se ha convertido en una de las recientes contribuciones más innovadoras a la universalidad. En los años 80 las feministas tuvieron éxito en llamar la atención acerca de la naturaleza internacional del sometimiento de las mujeres, así como sobre el hecho de que la violencia ejercitada por los regímenes militares y autoritarios afecta a las mujeres tanto como a los hombres. Hasta entonces, el reclamo de los derechos humanos fue enunciado en términos que representaron a los hombres más bien que a hombres y mujeres. Los feminismos por todo el mundo pueden beneficiarse de la adopción de los derechos humanos como parte de sus agendas. La costarricense Alda Facio, una promotora de esta unión ideológica, postula que dado que el feminismo se dedica a los problemas que afectan a todas las mujeres sin importar nacionalidad o pertenencia étnica, es capaz de abrazar y de disputar todas las formas de discriminación. El resto de las ideologías políticas han confirmado su preocupación por las cuestiones masculinas y han sido corrompidas por el ejercicio de la discriminación de género en su formulación y en sus etapas de desarrollo. En su opinión, una redefinición de los derechos humanos desde un punto de vista femenino incluye los derechos de mujeres y varones, de rebeldes y conformistas, de la derecha y de la izquierda, y es mucho más inclusiva que otras ideologías. El esfuerzo de Facio para hacer del feminismo una ideología universal a través de la lente de los derechos humanos reclama atención en la actualidad y en el futuro. Ella representa la dirección en la cual algunos teóricas hispanoamericanas se están moviendo hoy en día. La argentina Elizabeth Jelin, reconociendo las dificultades implicadas en la elaboración de una lista de los derechos humanos básicos, a partir de los cuales localizar y denunciar las violaciones contra las

mujeres, con todo concede que la sensibilidad a la violación de derechos humanos se puede convertir en una estrategia para disuadir la violencia y diversas formas de subordinación y de marginalización. Las feministas deben intentar resolver las tensiones entre los derechos de las mujeres y los derechos humanos combinando la lucha por el reconocimiento de los derechos de las mujeres como derechos humanos, desafiando así la definición de los derechos humanos como masculinos y occidentales.⁵

A principios de los años 80, la ya fallecida chilena Julieta Kirkwood, también recorrió el camino político que conduce del feminismo a los derechos humanos, el deseo por democracia, y la reivindicación de las mujeres, de una manera que puede también servir para inspirar a los feminismos internacionales. En su caso, Kirkwood trató el caso especial de una nación con una respetable historia de constitucionalidad que cayó bajo las garras de un régimen militar en 1974. Observando la ideología de la derecha y de la izquierda Kirkwood vio un mundo en el cual las ideologías no-feministas incorporaron a las mujeres en los esquemas dirigidos por hombres, cuyas ideas de redención social relegaron las cuestiones de las mujeres y del género a lugares secundarios y prescindibles.⁶ Las mujeres permanecieron en silencio porque no se percibieron a sí mismas como sujetos de su propia reivindicación. Para contradecir ese silencio ella propuso el *protagonismo*, según el cual cada una viviera su propio papel como mujer, una posición que conscientemente evitó cualquier ideología o movimiento en los cuales el género no fuera reconocido como categoría de la opresión.

Kirkwood entendía que el autoritarismo masculino era más que una experiencia política o militar. Era también una situación familiar experimentada por las mujeres en el hogar, en la escuela, y en el trabajo. Su ubicuidad, pensó, dio a las mujeres la oportunidad de analizar la política de las relaciones de género y de entender la esencia del ejercicio del poder dentro de las sociedades patriarcales. La lucha contra la autoridad política podría y debería ser introducida en los dominios de la familia, de la sexualidad, y de la división sexual del trabajo. Ella también fue partidaria de un feminismo sin barreras de clase. La meta del feminismo era aprender cómo reconocer la opresión, sus razones y efectos, y asumir las prácticas de hacer lo que fuera necesario para eliminarla. Su fórmula para la movilización política de las mujeres era hacerlas conscientes de aquello que les era negado para su participación sociopolítica, para decir «no a la negación» de la alteridad de las mujeres creada por los hombres. Su fórmula puede ser puesta a prueba con provecho y utilizarse ya sea en las áreas que sufren las mismas aflicciones políticas o están emergiendo de ellas. La situación de los países del este europeo donde, después de décadas de autoritarismo marxista, las mujeres están volviendo al autoanálisis sin grilletes ideológicos, es comparable al período de la post-dictadura que Kirkwood anticipó para las feministas latinoamericanas. Si bien la democracia puede ser un sistema político deseable, no es una realidad global, y los feminismos internacionales deben buscar formulaciones, como las desarrolladas en América latina, para proporcionar al-

⁵ Alda Facio, «Repensarnos como mujeres para reconceptualizar los derechos humanos», *Género y Sociedad* 3:1, mayo-agosto 1995, pp. 1-54; Elizabeth Jelin, «Engendering Human Rights», en Elizabeth Dore (ed.) *Gender Politics in Latin America*, New York, Monthly Review Press, 1997, pp. 65-83.

⁶ Julieta Kirkwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, 1986.

ternativas acordes a las realidades sociales y políticas específicas de las mujeres. En el caso de las mujeres que viven bajo regímenes autoritarios promover los derechos humanos es una meta factible que encontrará una audiencia comprensiva en un mundo cada vez más sensibilizado para discutir el polivalente significado de lo «humano». El desafío de Kirkwood exige que las mujeres tomen una decisión que nace de la reflexión personal, que se puede consolidar en movimientos «populares» de pobres y de movimientos de la clase obrera, así como aquellos autodefinidos como feministas. En ambos casos el conocimiento personal debe relacionarse con la situación política de una manera realista, vinculada a la cultura donde se desarrolla, y debe estar definida por los mismos actores. La clave para ambos es la creación de una atmósfera de respeto social para las mujeres como seres humanos que les permita desarrollar su amor propio y la introspección, la fuente de fuerza prevista por Kirkwood y otras feministas latinoamericanas. Uno no puede olvidar, sin embargo, que mientras que la lucha contra los regímenes autoritarios (y tradicionalmente patriarcales y paternalistas) puede concitar la solidaridad femenina, esta última no garantiza una resolución inmediata o amistosa de todos los problemas que afectan a las mujeres.

Clase y raza

La clase y la raza siguen estando entre los factores que más diferencian a los feminismos nacionales e internacionales. La raza no ha estado siempre presente o no ha sido discutida en los feminismos latinoamericanos. La pobreza, como una característica significativa en la vida de muchas mujeres, se ha considerado con el suficiente alcance como para convertirse en el tema central para las innumerables organizaciones que se ocupan de las mujeres pobres. Con todo, la raza como factor subyacente se ha convertido recientemente en un problema en algunas áreas tales como los países andinos, donde una *mayoría* de las mujeres es indígena, o en áreas con un fuerte componente de gente de ascendencia africana, tal como Brasil. El terreno de la raza es ambiguo, porque la raza en sí misma es ambigua en un continente con quinientos años de mezcla racial, y en la cual la violencia y la inestabilidad política, y la lucha económica son bastante poderosas para oscurecer el significado de la raza.⁷ Si, en el pasado, la raza se ha “subvertido” o descuidado en el nivel nacional como parte de programas ideológicos, políticos, o aún económicos, es evidente que está comenzando a emerger como un elemento de conciencia entre los grupos de mujeres negras e indígenas. Es un factor potencialmente diferenciador porque la raza se asocia a fuertes elementos culturales que separan las concepciones del mundo y crean una diversa interpretación de los papeles de las mujeres y de las relaciones de género. Por ejemplo, los grupos indígenas andinos se han movilizado tradicionalmente alrededor de las cuestiones sindicales y del trabajo en las cuales las mujeres han colaborado con los hombres contra un bien definido explotador económico y social. La solidaridad de clase creada por la lucha más el concepto social históricamente tradicio-

⁷ En un país homogéneamente negro como Haití, la pobreza subvierte al género en la percepción de las mismas feministas. Aún así, la haitiana Olga Benoit, directora de un foro de campesinas y vendedoras, identifica la institucionalización de la dominación masculina, el *machismo*, como el principal obstáculo a la aceptación de las premisas feministas aún en sus mínimas expresiones. Ver la entrevista con Olga Benoit y Marie Frantz Joachim en Koppers, *Compañeras*, pp. 34-39.

nal de la complementariedad del género las conduce a creer que un feminismo basado exclusivamente en la aserción de los derechos de las mujeres les es ajeno, especialmente si es pronunciado por un habitante de la ciudad y aún más si pertenece a una clase media blanca. Aunque los estudios del desarrollo y del trabajo que se centran en las mujeres identifican a las mujeres pobres en términos de clase y no de raza, este último puede actuar como una cuña al interior de la elaboración de los feminismos nacionales o internacionales.

Algunas representantes del nacionalismo indígena se diferencian de cualquier forma de feminismo, que perciben como blanco y «extraño» a su patrimonio cultural. Recientemente, Vivian Arteaga Montenero, una veterana feminista boliviana, y María Eugenia Choque Quispe, una aymara del grupo de trabajo sobre historia oral andina, discutieron la cuestión de la validez del feminismo para todas las mujeres. Choque Quispe asumió una posición antagónica contra el feminismo «occidental» con connotaciones raciales claras. Ella denunció que las mujeres no-indígenas ejercitan una forma de dominación intentando cambiar la naturaleza de la sociedad indígena, para la cual el feminismo era una ideología extranjera e innecesaria. «Las contradicciones implícitas en el feminismo no alcanzan a la mujer indígena del ayllu porque el ayllu y el feminismo son sistemas antagónicos.» La suya podía ser la voz de muchas mujeres no-occidentales o no-blancas de otras partes. Arteaga Montenero argumentó acerca de la importancia del género por sobre cualquier otro factor y denunció que el nacionalismo de las ideologías indígenas oculta la existencia de la dominación de género entre los hombres aymara y quechua.⁸ Esta fractura ilustra la desunión que puede debilitar los feminismos, tanto a nivel nacional como internacional. Sin embargo, no podemos establecer que todas las mujeres indígenas se sienten como Choque Quispe. Se han realizado numerosos grupos de trabajo entre mujeres indígenas donde se ha desplegado una efectiva concienciación, y es también posible detectar cambios significativos en su actitud acerca del género y la opresión.

El proceso de adquisición de una conciencia racial o étnica dentro del feminismo latinoamericano es muy reciente, y la mayoría de los grupos se han formado a finales de los años '80 o a principios de los 90. El primer encuentro internacional de mujeres negras ocurrió en la República Dominicana en 1992, en una tentativa de construir un cuerpo orientado políticamente que daría voz y difusión a los problemas específicos de las mujeres⁹ negras. Tales encuentros son feministas por su naturaleza pero señalan las especificidades que otras mujeres deben reconocer, así como un deseo de establecer paradigmas de la propia identidad. ¿Es éste un modelo que permite que se escuche la voz de grupos que han estado marginados dentro del feminismo internacional? Es quizás muy pronto para afirmarlo, pero no demasiado pronto para asumir que debemos encontrar un lugar para discutir cómo las diferencias raciales y de clase afectan la percepción del feminismo y pueden conducir a una fragmentación adicional y a menos unidad. Una

⁸ Vivian Arteaga Montenero, «Jornada sobre feminismo y política», en **Feminismo y política**, La Paz, Coordinadora de la Mujer, 1986, pp. 63-65.

⁹ Ver, **Especial/Fempres**, 1995 una edición especial de la revista feminista chilena, dedicada a debatir aspectos de las cuestiones relacionadas con las mujeres negras del conjunto de América latina. También, **mujer/fempres** 131, septiembre 1992, p. 7.

preocupación dominante es cómo mantener un equilibrio entre las cuestiones raciales y el imperativo de género que debe seguir siendo una constante para preservar los objetivos políticos del feminismo. Por otra parte, la falta de resolución respecto a las preocupaciones expresadas por las mujeres indígenas y las de ascendencia africana puede producir grietas dolorosas. Esto puede suceder si los matices raciales o étnicos no se tratan abiertamente con la intención de acomodarse a ellos. En América latina la raza y la clase están muy entrelazadas. Las mujeres de piel oscura están a menudo en los peldaños más bajos de la escala educativa y económica, pero la piel oscura por sí misma, no es una precondition de la pobreza o la marginación social. El feminismo tiene que evitar la combinación de la pobreza y el color bajo el género, y asumir que el último será lo suficientemente fuerte como para superar las diferencias que si bien no han sido ignoradas, no se han tratado adecuadamente. Por sí misma, la autoconciencia de género no permite a las mujeres superar circunstancias individuales negativas debidas a su filiación racial o étnica y que exigen un conocimiento social que las feministas deben asumir. Desde el final de los '80 los grupos feministas latinoamericanos han proclamado la necesidad de ensanchar su base social para asegurarse de que la clase y la raza sean tomadas en consideración para la construcción de un movimiento inclusivo, superando miedos persistentes a que una excesiva especificidad pueda debilitar el punto de vista según el cual el feminismo está basado en la solidaridad de género y tiene como objetivo la transformación global. A pesar de Choque Quispe, los núcleos de mujeres no-blancas y pobres no han rechazado los espacios feministas para la auto-expresión, mientras que los *encuentros* han reiterado la necesidad de consolidar el concepto que cada grupo económico, cada nacionalidad, y cada raza, contribuye con su propia parte a la riqueza de la definición y la práctica de feminismo.¹⁰

La interacción internacionalismo - nacionalismo

La evidencia de que los feminismos enfrentan por todas partes serios desafíos de clase y étnicos debe conducirnos a considerar la necesidad de entender cómo las mujeres sin formación académica entienden el feminismo, qué es lo que las conduce a unirse a esos «movimientos de mujeres» que esporádicamente agitan a nuestras naciones, y de cómo podríamos establecer los puentes de entendimiento entre los diversos elementos que preparan a nuestras sociedades para asumir posiciones en relación a los feminismos nacionales e internacionales. Las mujeres de los niveles más bajos de la escala educativa son hoy conscientes de la opresión ejercitada por los hombres en el nombre del *machismo* y los derechos tradicionales. Sin embargo, sus soluciones para resolver este problema son tan variadas como sus respectivas situaciones educativa, económica y étnica. En 1991, la colombiana Eulalia Yagarí González, mujer indígena de Chami postulante para un lugar en el parlamento regional, expresó sentimientos nacionalistas al indicar que «necesitamos una política de liberación para las mujeres, pero eso no significa una política como las que son introducidas aquí desde Europa y Norteamérica...»¹¹ De esa ma-

¹⁰ Memoria del IV Encuentro, p. 96; «El feminismo de los 90: Desafíos y propuestas», sumario del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, en *mujer/fempres* 111, enero 1991, pp.4-6.

¹¹ Gaby Koppers (ed.) *Compañeras. Voices from the Latin American Women's Movement*, London, Latin America Bureau, 1994, p. 143.

nera directa ella expresó la misma desconfianza de lo «extranjero» indicada por otras mujeres latinoamericanas. ¿Esto significa un rechazo al internacionalismo por sí mismo y una adscripción a un nacionalismo estrecho? No necesariamente. La liberación de las mujeres es reconocida como un principio universal, pero Yagarí González subrayó la necesidad de buscar soluciones a los problemas específicamente colombianos. En 1984 la intelectual nicaragüense Milú Vargas Escobar expresó su deseo por una «sociedad en la que podamos ver con nuestros propios ojos; tocar el mundo con nuestras propias manos; traducir las experiencias en nuestras propias mentes... quitar la máscara de la explotación, analfabetismo, discriminación, hambre y pobreza que se han impuesto sobre nosotras y se incrustó en nuestra piel a través de siglos de ser explotadas por el imperialismo.»¹² En el marco de un régimen revolucionario *nacional* en curso, Vargas Escobar reiteraba la naturaleza subjetiva de la liberación de las mujeres. Las palabras de Vargas describen un imperialismo político y personal, al mismo tiempo significado y hecho cumplir por los hombres, extranjeros y nacionales. Estas mujeres representan las actitudes ambivalentes de muchas mujeres latinoamericanas que desean una liberación diseñada por sí mismas dado el problema universal de la dominación masculina tal como ellas lo experimentan en sus países y hogares.

Se ha discutido que a los feminismos les es necesaria la teoría para abrir los canales de comprensión a través de las fronteras nacionales porque la teoría tiene la calidad universal que hace al feminismo internacional. Esto puede ser verdad entre mujeres de niveles de educación similares. Además, el dilema de cómo hacer accesibles las teorías a mujeres sin formación en la enseñanza convencional se hace más desconcertante cuanto más sofisticadas son las teorías. Hojeando recientes publicaciones tales como *Feminaria* de Buenos Aires, o *Género y Sociedad*, de la República Dominicana, las discusiones académicas eruditas de las teóricas feministas norteamericanas y europeas exuda ciertamente el aroma de exóticas flores de invernadero. Sin duda, algunos de los principios discutidos en los círculos académicos tienen que encontrar su manera de bajar al llano en un proceso notable de simplificación y ajuste a la vida cotidiana, a través de servicio social para la comunidad de mujeres. Las mujeres que participan en los *encuentros*, reunidas en espacios que están fuera de sus hogares o países, buscan una comprensión personal del feminismo y de la diversidad y de la unidad entre las mujeres, y tratan de hallar soluciones prácticas para hacer que el trabajo feminista involucre a todas las mujeres. Puede decirse que en estas reuniones las construcciones teóricas se han discutido menos que los propósitos prácticos del auto-descubrimiento, la comprensión de los problemas de la vida cotidiana de otras mujeres, y la comprensión de cómo las políticas nacionales afectan la vida de las mujeres. Quizás la tarea más importante del feminismo internacional sea encontrar ese marco teórico amplio capaz de abrazar el mayor número posible de *experiencias* femeninas.

La articulación de lo personal, lo regional, y lo nacional en una fórmula universal comprendida por el mayor número posible de mujeres sigue siendo el objetivo más evasivo de la búsqueda feminista de un consenso internacional. Con todo, hay esperanzas. Mientras que en el pasado la dificultad de la comunicación global obstaculizó la

¹² Ileana Rodríguez, *Registradas en la Historia. 10 años del quehacer feminista en Nicaragua*, Managua, CIAM, 1990, p. 154.

búsqueda del reconocimiento mutuo hoy tenemos mejores vías de comunicación para utilizar en el proceso de entender las diferencias entre las manifestaciones múltiples de las actividades y del lugar de las mujeres que el «feminismo» ocupa en sus agendas. Como algunas feministas chilenas han sostenido: Piense globalmente y actúe localmente. Para algunas dirigentes feministas la cuestión es cómo evitar ser «nombradas» o definidas desde centros de poder intelectual ajenos a su propia experiencia antes de que hayan aprendido todo lo que necesitan saber sobre sí mismas. Como afirma la escritora y académica Lucía Guerra Cunningham, el tratamiento de los problemas de las mujeres latinoamericanas a partir de los parámetros ya extensamente elaborados en Europa y los Estados Unidos implica, en nuestra opinión, reciclarlos en un espacio uterino de violencia y desposesión.¹³ La peruana Virginia Vargas, defensora del feminismo internacional, reconoce que la experiencia de la opresión y la subordinación, y la resistencia a ambas, es expresada de tan diferentes maneras que no puede darse una explicación global que abarque todos los conflictos. El proceso de emancipación debe articular más que un eje exclusivo y privilegiado. Puede bien ser que la flexibilidad que permite el análisis postmoderno cobije una diversidad de expresiones feministas, pero depende mucho de la capacidad de las analistas post-modernas de hacerse entender.

Creo que estamos más cerca de la creación de paradigmas feministas en estrecho contacto con las características más amplias de la cultura latinoamericana de lo que puede suponerse. En mi opinión, gran parte de la literatura feminista y orientada a las mujeres del conjunto de las disciplinas expresa un auto-reconocimiento cultural que tiene un carácter latinoamericano incuestionable, a pesar de los diversos acercamientos nacionales y políticos de tales escritos. La construcción de una categoría supranacional de género, abarcando un cuerpo de mujeres-ciudadanas que hablan voces diferentes, es una realidad que ha estado tomando dimensión en los últimos veinte años, aunque sus raíces históricas se remontan a más de cien años.

Los escritos y las voces de las mujeres latinoamericanas nos dicen que no debemos acercarnos a los feminismos contemporáneos en esa área a través de una lente «post-colonial» aplicable a otras partes del mundo. El pasado colonial del área es cronológicamente «remoto», en cuanto la independencia del dominio español fue alcanzada hacia 1825 –a excepción de Cuba y de Puerto Rico, que permanecieron como enclaves coloniales hasta el final de ese siglo. Las explicaciones del estatus de las mujeres o de las relaciones de género que usan el colonialismo como una experiencia incorporada a la memoria presentan más dificultades que en otras áreas. El modelo de los elementos «no nativos» diametralmente opuestos a una cultura nativa que se utiliza para analizar los colonialismos europeos en Asia y África, es cuestionable en Latinoamérica, en tanto comprendemos que los españoles, los portugueses, los indígenas y los africanos intercambiaron rasgos culturales y se involucraron en un *mestizaje* biológico y cultural. Sin embargo, podemos utilizar el concepto de colonialismo fructíferamente si recordamos que las barreras sociales y económicas, construidas alrededor de la élite dirigente europea colonial dieron prioridad a sus objetivos y preeminencia a sus valores, y crearon los modelos de comportamiento y de relaciones de género que se convirtieron en un modelo por varios siglos y siguen siendo perceptibles en nuestras sociedades.

¹³ Lucía Guerra Cunningham, «Alternativas ideológicas del feminismo latinoamericano», *Feminaria*, 8, Vol. 5, abril 1992, pp. 1-2.

¿Es posible hablar de feminismos norteamericanos o eurocéntricos que ejercitan una influencia indebida como forma de imperialismo cultural en América latina? Creo que la influencia de muchos años de ideologías izquierdistas, las contracorrientes nacionalistas de las naciones latinoamericanas, y los problemas socioeconómicos de nuestras naciones precluyen una toma de posesión de las teorías construidas en otras regiones, sin una previa reformulación y su adaptación a nuestras propias necesidades. Los regímenes revolucionarios, tales como los de Cuba y Nicaragua, recurrieron al poder político del marxismo, para ofrecer una fuerte resistencia a los feminismos «burgueses», como los norteamericanos y europeos. En Nicaragua algunas feministas trabajaban en la reformulación de la posición del régimen en relación a los conceptos del feminismo internacional cuando la revolución política fue vencida en su primer ensayo electivo. En Cuba, la duración del régimen ha permitido que su directiva formule y reformule sus posiciones, que han cambiado de la oposición vociferante al feminismo a una actitud oficial de «hospitalidad» hacia la ideología desde mediados de los años 90. En ninguno de estos dos países la movilización de las mujeres generó una especial simpatía con los modelos extranjeros, y los ajustes que tuvieron lugar en las relaciones del género tenían más que ver con sus necesidades políticas internas que con la presión ideológica internacional. En los países no-revolucionarios el nacionalismo es solamente un elemento que conspira contra la importación al por mayor de ideas. El conservadurismo tradicional y el machismo cultural son los obstáculos fuertes al desarrollo del feminismo que inevitablemente —incluso mientras pierden terreno— presionan por una reformulación del feminismo más adaptada a las características culturales regionales y nacionales. Éstas son algunas de las razones por las cuales arguyo que los feminismos latinoamericanos están respondiendo, como deben, a las presiones nacionales y culturales mientras consideran con especial cuidado los valores universales de las ideologías de género.

El análisis histórico permitirá revelar la naturaleza multifacética de los feminismos latinoamericanos y que amplíemos no sólo los límites de nuestra propia comprensión sino que demos la bienvenida a la experiencia de mujeres de otras partes, así como permitirle a éstas ver que el espejo del género mujer refleja una visión imperfecta pero desafiante que abarca componentes multi-étnicos y multi- raciales. Los feminismos latinoamericanos han proporcionado algunos conceptos y experiencias fundamentales al debate feminista en la arena internacional: la extensión del concepto de la lucha por la democracia política al seno del hogar como el paso inicial para erosionar el dominio patriarcal de maridos y de padres; la necesidad de desarrollar el concepto de los derechos humanos para formular un concepto global de la mujer como ser humano y por lo tanto respetable; la discusión acerca de la validez de desechar las imágenes maternas (*marianismo*) en la crítica nacional así como en circunstancias políticas cotidianas; la validación del papel económico de las mujeres en la sociedad por los análisis académicos, cuyo último simbolismo descansa en el desafío de la hegemonía intelectual de los planificadores económicos masculinos nacionales e internacionales; la reflexión sobre cómo sigue persistiendo los estereotipos del comportamiento en la asignación del poder a las mujeres incluso en los regímenes «revolucionarios». No todas las feministas creen en el uso de la imagen de una madre sacrificada pero poderosa (como María, la madre de Cristo, y de ahí *marianismo*) como una vía satisfactoria para la habilitación política de las mujeres, pero el hecho de que en algunos casos la posición maternalista ha brindado

un poder considerable en América latina sigue siendo un reto para las feministas de todas partes porque el maternalismo quizá no tenga la misma significación y capacidad de habilitar a las mujeres en otras partes del mundo. Puesto que dos regímenes revolucionarios importantes se propusieron (y en un caso, con éxito) la transformación de las estructuras sociales y económicas sin un cambio excesivo en las relaciones de género, los feminismos internacionales del siglo XXI deben tomar nota de que la ideología «revolucionaria» debe incluir el género para constituir una verdadera experiencia de cambio para el estatus de las mujeres. Es también crucial recordar que el peso cultural de androcentrismo puede convertirse en un obstáculo sustancial a soluciones ideológicas estrictamente políticas para el cambio de relaciones de género.

A medida que aprendamos las posibilidades de construir formas alternativas de expresar el poder, y de prever los roles del género bajo diversas circunstancias culturales, podemos ver el valor del estudio de una región tal como América latina, en donde los feminismos reflejan el pluralismo del resto del mundo. La amplificación y la revalidación de los feminismos internacionales no significarán necesariamente una globalización del feminismo como fuerza hegemónica, sino una comprensión del hecho de que la globalización significa el reconocimiento de lo nacional y lo supranacional en un intercambio fructífero de mutuo aprecio.